

De Alemania a Buenos Aires

Por Emilio Uranga

II

He recordado que José Ortega y Gasset pensaba que: "El estilo es una forma sublimada de la sexualidad". Y como prueba al canto de esta afirmación copié también algo que le dice a Victoria Ocampo en una de sus cartas: "Con mi viejo cariño que es siempre un lago aunque a veces parezca un glaciar". Este viejo cariño más bien parece el cariño de un viejo. ¿Qué edad tenía Ortega cuando escribió semejantes sublimaciones? 57 años. Por edad biológica no se le podría llamar propiamente un anciano, pero por el epistolario nos enteramos de que había sido víctima muy temprana de largas y penosas enfermedades, y que desde joven se consideraba vitalmente desamparado. En una carta a Navarro Ledesma le dice: "Veo que trata usted ahora con alguna intimidad a mi hermano Eduardo. Habrá usted tenido ocasión de observar que es una porción de codos más hombre que yo en toda la extensión de la palabra. Yo tengo el espíritu tuberculoso y él es sano y de primera intención como un viento de sierra" (p. 55). ¡Esto lo escribía Ortega a los 22 años de edad! Poco, pues, tuvo que sublimar a los 57, y su "estilo" no nos deja ocasión a engaños. Su fogsidad amorosa consistía en recordar que pasaba de glaciar a lago. ¿Habrá quién piense que estos tonos son de fuego a hoguera?

El propio Ortega no desdeñaba escarnecer las "sublimaciones", y nada menos que a costillas de Goethe. He aquí estos párrafos de burlona furia: "Se ha hecho notar, sin saber dar la razón de ello, que desde cierta fecha Goethe empieza a usar insistentemente unos cuantos adjetivos exangües, como, por ejemplo, "benigno". Cuando frente a un ser o una cosa sólo se nos ocurre emplear palabra tan aséptica y etérea... *malum signum*: el varón se ha ido ya" (p. 637). Bueno, mi querido Ortega, sus lagos y glaciares no son menos exangües y etéreos que las benignidades de Goethe, y eso que se los decía usted, como agravante, a una mujer argentina, que no son de alfeñique y con las que cualquier varón no domado puede darse a entender, sin desmedro, en un lenguaje parecido al mejor de Sancho Panza.

Como se irá percibiendo, Ortega y Gasset llegaba al tercio final de la vida con fuerzas muy mermadas, y con un espíritu que tenía años de deficiencia enfermiza. Apretemos un poco el comentario. Una sexualidad auténtica, una vida amorosa de convivencia franca, está trabajada —o si se quiere decir: sublimada— por un buen estilo. Dar estilo a una relación ha sido siempre valorado como medida de la excelencia de un amante. Que una sensualidad que vale la pena es exaltada sólo por un buen estilo de practicarla, de montarla, de hacerla y de prepararla, y hasta en el mejor de los casos de consumarla, es cosa o vida que se le escapó a Ortega. Lo cual resulta curioso de comprobar pues, por lo menos teóricamente, estaba preparado para establecer la continuidad entre el lenguaje y la sexualidad. La sexualidad sin estilo —no el estilo como

sublimación de la sexualidad que es pura eteridad—, es un puro lugar común como el lenguaje de todos los días, apartado de intenciones artísticas. El cotorreo antiartístico de muchas jóvenes burguesas de nuestra clase media de las ciudades o satélites, es una traducción o réplica en otro plano, nada transformado, de su cotorreo sexual. Tal amaneramiento no es ninguna forma evolucionada de su sexualidad, sino su necio duplicado, su copia mecánica; esas charlas de sobremesa con que aturden a sus compañeros y a los vecinos, no son diferentes a sus charlas o pataleos de sobrecama.

Estoy de acuerdo con Ortega en que hay que pararse a observar cómo surgen las expresiones de su matriz auténtica y no dejarse embaucar por sus mundos significados mostrencos y derivados. Pero el método de esta buena filología tiene que elegir cuidadosamente sus casos, para ver brotar en ellos, en estado naciente, el significado empapado de vida y de sustancia. Nunca olvidaré la exclamación de una señora, que en el momento mismo de su placer máximo gritó arrobada: "¿Quién inventó esto!". La expresión estuvo ajustadísima a la situación vital de que surgió, aunque no tenga ni riesgo de saber etimológico, lo que a Ortega le ponía los ojos en blanco. Es una expresión que nada tiene de retórica convencional, y su acierto nadie lo discutirá como encarecimiento riguroso de la experiencia vivida. Aunque los trasiegos de sentido de las palabras y de las circunstancias sean a menudo estúpidos, como los llama Ortega, ocurre que un sentido acarreado por un azar irracional le devuelve significaciones inéditas, enérgicas, precisas. Ortega, por lo que he leído en su epistolario, no tuvo la fortuna de topar con mujeres que, siendo maduras, de buen mirar, nada han sublimado de sus juveniles instintos amorosos. En ellas, como dice Ortega de su hermano, todo es sano y de primera intención "como un viento de sierra", como aire de montaña. ¿No era así Victoria Ocampo para el conde de Keyserling, aunque no para Ortega?

Andaba mejor orientado Ortega cuando hablando de las lenguas latinas, en comparación con el alemán, decía "que sólo se llega a su intimidad a través de la ciencia lingüística" (p. 638-T.IX). Estas no son sublimaciones, sino virtudes propias de criaturas elaboradas y no en estado rudo como les ocurre a las alemanas. ¿De qué, pues, le sirvió a Ortega pasar de Alemania a Buenos Aires si se quedó en los umbrales de ambas patrias y mujeres? Ya he dicho que el epistolario entreabre estos recodos poco favorables al filósofo. Y sin embargo tienen su precio por estar no comprometidos, sino corpometidos, permítaseme el neologismo. Aquí Ortega se ha metido con cuerpo y todo. Su inquina contra los escritores tiene mucho que ver en este enredo. Pero será mejor que este para una tercera entrega el comentario de este asunto.

NOVEDADES

Tablero de Enfrente

De Alemania a Buenos Aires

Por Emilic Uranga

III

Desde su más verde juventud, José Ortega y Gasset ya había adquirido de por vida el odio al hombre de letras, al écrivain de suces. Sus motivos eran circunstanciales y anecdóticos; pero jamás cambió la opinión de que cualquier capricho suyo por el que respiraran el tiempo o el hombre, era algo así como una "razón vital", excusa a plenos pulmones, pese a que los suyos, por confesión expresa, eran los de un precoz tuberculoso. Esta creencia en la radical inferioridad de los escritores frente a los filósofos lo hizo fuerte durante medio siglo, y explica muchas de sus "expectoraciones". Entre otras, ilustres, su inquina en contra de Goethe y de Alfonso Reyes. No será yo tan menguado como para darle, o dejarle de dar la razón, dados ciertos señoritos del "boom" latinoamericano que padecemos en nuestros días. Empezando porque no atinan ni a dar con el equivalente español de este pochismo y que está a la mano: auge. Si para Ortega los hombres de letras eran, par excellence, los franceses, en nuestros días son de nuestra inmediata y propia tierra; latinoamericanos, vivaldistas (aquí en México se dice vivales) a lo Alejo Carpentier. ¡futuro premio Alfonso Reyes! Pero pasemos.

Si en su ojeriza en contra de los hombres de letra decimonónicos no le dejaban de asistir... ¿qué diré?, ¿móviles?, los años que nos han sucedido después se los han quitado todos a su peregrina o ingenua, aldeana idea, de que en vez de los señores de pluma habrían de ocupar la vigencia los filósofos. ¡Si señor, Ortega se dio a pensar que los filósofos substituirían con ventaja -no para su personal ventaja-, a esos escritores de éxito, de auge, de "boom", o de embajada en París! Una de las tantas profecías en que el madrileño ni sospechaba que, entre gitanos, no se echa la buena ventura. Nunca supo hacer justicia a Andalucía. ¡Mal se lo ha habido!!

Ortega era contundente, por lo menos en la expresión precisa de su extravío, ya cuando su vida declinaba a más no poder: "¿es la literatura un salvavidas suficiente en el gran naufragio que es la vida humana?" (p. 561-T.IX). Desde luego que no, pero, mientras tanto, entretiene, adormece. ¿Ortega no fue capaz de percatarse de que en Latinoamérica la literatura es el opio de los pueblos? Por lo visto y leído, desde luego que no. Excusaba a los franceses de esta miopía dada su gran tradición, aunque su remedio fue peor que la enfermedad. La filosofía tampoco era salvavidas suficiente para rescatar de ese gran naufragio que es la vida humana. Y mucho menos en Alemania y en Buenos Aires. En un caso, Alemania, Ortega tuvo ocasión de vivir épocas en que los alemanes "culturalistas", con Hermann Cohen a la cabeza, ¡un judío!, suponían honestamente que todo lo salvarían las ideas, hasta que Hitler los convenció de lo con-

trario, a palos y a cremat campos de concentración cismo batiente. Y, ¿en Latrica? Bueno, el señor O Gasset inauguró en Buenc no en México -quiero que e de muy en claro- la beateria por la cultura española sin "refugiados". Este fenómeno -del que me ocuparé en próximos artículos- es capital. Los argentinos se quedaron con Ortega y sus epígonos. En cambio aquí, en la Muy Noble y Leal Ciudad de México, no ocurrió de la misma manera. Anticipando tesis: la emigración española de la Guerra Civil fue asimilada y sacrificada a la vez, por los devotos de Vichilobos. En otra parte he dicho se entiende: en otro artículo -que si Ortega y Gasset hubiera tenido agallas para venir a México, nos lo hubiéramos devorado igual que a don José Gaos. De esa generación Trinitaria, y tan católica: el Padre fue Ortega, el Hijo, José Gaos y a mí, modestamente, me tocó ser el Espíritu Santo. Me distraje, y, en vez de hablar de la literatura, dí en comentar la filosofía, sustancial, española, y accidental, mexicana. Pero este es otro cuento. Sigamos.

Es admirable que, durante medio siglo, Ortega creyera devotamente en las virtudes de la filosofía. Y aún me da por pensar que, ya en vísperas de su fin y término conservaba intacta la convicción en tan "chapada dama", pese a que, alemanes muy calificados, le hubieran advertido que no había de tomar las cosas tan en serio, tan prolongadamente. Los filósofos alemanes se habían manifestado como unos "sapos". No se habían opuesto al nazismo, si es que no eran nazis declarados y confesos como Heidegger -pero los "oposicionistas" se habían largado a los Estados Unidos como catedráticos en Princeton. Ortega, el hombrecillo de aldea, nada de esto se daba a maliciar..

El epistolario de Ortega nos ilustra sobre las ingenuidades de quien, comenzando su vida intelectual en Alemania, terminó sus amores en la tierra del general Perón. Estos son los marcos que algún beato llamará externos, pero que con un poco de conciencia se interiorizan en el propio cuadro y lo impregnan con su brutalidad de palo senil. Me he extendido en estos comentarios sobre la "ingenuidad" de Ortega, y la he subrayado con anécdotas que muchos juzgarán superficiales y "bohémias". Pero creo que ya es hora de que tomemos conciencia de que nuestros maestros fundadores han sido irresponsables, y de que nos contagiaron durante muchos años de su irresponsabilidad. Todavía estamos a tiempo de recuperar el tiempo malo de fariseísmo, recobrándolo con acciones de rescate de auténtico realismo, sin "boom", sin auge, sin literatura de "viva la Virgen". Una filosofía más madura dará cuenta de un literatismo inmaduro, pero esto, ¿para cuándo? Yo no hablo ni por mis hijos ni por mis nietos.